

INGRATITUD

Complicaciones arduas del corazón humano
misterios insondables de la naturaleza,
la vida es un problema, la vida es un arcano
y por el cielo agitan su vuelo soberano
dos aves de rapiña: la muerte y la tristeza.

Olvidos, desengaños, desilusiones crueles,
incomparables almas, emponzoñados senos,
por todas parte luchan, por todas partes hielen
vasos en cuyos bordes hay delicadas mieles
y en cuyos fondos hay tanto acíbar y veneno.

Yo todo lo perdono con voluntad de acero,
apuro hasta las heces mi vaso de acritud,
mas perdonar no puede mi corazón sincero
al monstruo abominable, aterrador y fiero
que vive entre los hombres y se llama ingratitude.

Perdono al envidioso y al que con lengua insana
reputaciones hiere, virtudes y honras trunca,
perdono en sus mil formas a la perfidia humana,
perdono al que se vende como una cortesana
perdono al asesino, pero al ingrato ¡nunca!.

Porque el ingrato encierra del crimen la simiente
y todas las negruras dentro de su corazón,
en sus entrañas lleva veneno de serpiente,
ataca por la espalda pero jamás de frente
recibe un bien y en cambio devuelve una traición.

La ingratitude es sombra, la ingratitude sin duda
es el mayor pecado de todos los pecados,
es de las armas el arma más aguda,
es una vieja de faz torva y ceñuda
que tiene por vivienda los pechos depravados.

Ayer en un recodo del áspero camino
que cruza mi existencia con gran resignación
hallé tendido y débil a un pobre peregrino,
solícito y amable le di a beber mi vino
le di mi blanca mano, después mi corazón.

Con fervoroso empeño calmé su sed ardiente
cubrí sus desnudeces de mísero gitano,
cubrí todas sus llagas y cariñosamente
sequé con mi pañuelo su sudorosa frente
como si se tratara de mi mejor hermano.

Más tarde los caprichos de la voluble suerte
llenaron mi existencia de zarza y de dolor,
caí sobre el sendero rendido, mustio, inerte
como si las caricias de un hálito de muerte
sobre mi ser posaran su gélido sopor.

Y tuve sed y frío, y ni una mano amiga
cubrió mis desnudeces de mísero gitano;
ninguna mano quiso sacarme del pantano
y hacer menos pesada la cruz de mi fatiga.

Y aquél a quien un día mi mano compasiva
llenó de beneficios, sirvióle de sostén,
pasó por mi camino con actitud altiva,
cubierto de riquezas y de olopeles iba
y al verme hizo una mueca de orgullo y de desdén.

Pasó por mi camino sin recordar acaso
que alguna vez estuvo con hambre y sin abrigo,
sin recordar que un día fui sol para su ocaso,
para sus labios fuente y para su regazo
y para sus tristezas el más ingenuo amigo.

Por eso hoy resignado con hambre y sin encono
apuro hasta las heces mi vaso de acritud,
perdono todo, todo, pero jamás perdono
al rey de los delitos, al “Monstruo” ingratitud.